

Valentín Letelier Madariaga (1852-1919)

Radical insobornable

Sembró las ideas del humanismo laico que abogaban por la secularización de la sociedad. Imaginó que la Revolución del '91 era para restablecer la constitucionalidad y se equivocó. Pronto entró en pugna con el parlamentarismo.

PABLO PORTALES

Valentín Letelier inició su mayor obra intelectual en la clandestinidad. En enero de 1891, a los 38 años, perseguido, empuñó la pluma para escribir *La filosofía de la educación*.

A los tres meses fue arrestado por la policía de Balmaceda, pero no interrumpió su labor. Sólo cuando de la cárcel fue trasladado a la Penitenciaría se detuvo y los manuscritos los puso en manos de su amigo Daniel Ortúzar.

Al retornar de Iquique, su lugar de relegación, en septiembre de 1891, reemprendió la escritura y en ocho meses dio a luz su primera versión, pero la obra recién quedó terminada 20 años después, en 1912.

Letelier aunque suscribió —como diputado— la deposición del Presidente Balmaceda, no confiaba en el parlamentarismo. De hecho se había abstenido cuando esto se votó en su Partido Radical.

Su actitud ante la crisis del '91 la sintetizó su amigo Juan Enrique Lagarrigue cuando le escribió: "Usted aplaude la revolución, pero está en contra del espíritu revolucionario".

Letelier entendió que la revolución se hacía para restablecer la institucionalidad quebrantada por Balmaceda, pero se equivocó, porque la mayoría liberal-conservadora, e incluso de su propio partido, estaba por fundar un nuevo régimen político.

Mostró ingenuidad cuando ante los estudiantes de Derecho —caído Balmaceda— dijo que el triunfo de los congresistas significaba que el poder parlamentario no establecería su predominio sobre el poder presidencial.

LA MIRADA LAICA

Fue el tercero de once hermanos. Los negocios del campo de su padre, Gregorio, decaían. Le sobrevino una parálisis y la prole quedó bajo la tutela de la madre, Tránsito.

Mientras la mayoría se radicó en Curicó, Valentín fue a Talca, a estudiar al colegio de su tía Rita. Ahí se distinguió en todos los



Los conservadores se opusieron férreamente a la nominación de Valentín Letelier como rector de la Universidad de Chile.

ramos, entonces su madre, entusiasmada, lo envió al Instituto Nacional, dirigido entonces por Diego Barros Arana.

Letelier fue hijo de la renovación educacional del historiador. Ahí forjó su carácter "más reflexivo que hablador, más seguro en el pensar que pronto en el decir".

Con su hogar arruinado, tuvo que trabajar para iniciar sus estudios de Derecho. Consiguió el nombramiento de inspector suplente en el instituto, y más tarde la Cátedra de Historia en el Instituto Americano, un colegio particular de prestigio.

La meditación y la lectura fraguaron su vitalidad cerebral. Metódico, retraído y concentrado se empapó del trabajo, con paciencia: "Debemos empeñarnos más en descubrir el camino que llega a la verdad que en recibir hecha la verdad misma".

La filosofía positivista lo estimuló a abrirse hacia un horizonte ilimitado de conocimientos e inflamó su entusiasmo impulsando un sentimiento de servicio a la humanidad.

Augusto Comte y Emilio Littré, sus maestros, lo condujeron a socavar prejuicios labrados por generaciones, desencadenando una ola de extrema violencia verbal del clericalismo.

Su concepción de un mundo secularizado, cultivado en el positivismo y en la cultura europea, chocó con el arraigado ambiente

intelectual católico.

Su mirada laica lo sostuvo sin claudicar, a pesar de las dificultades. Cuando el claustro pleno de la universidad lo eligió rector, fue tal la resistencia que el Presidente Germán Riesco no se atrevió a designarlo.

NO CHOCAR CON NADIE

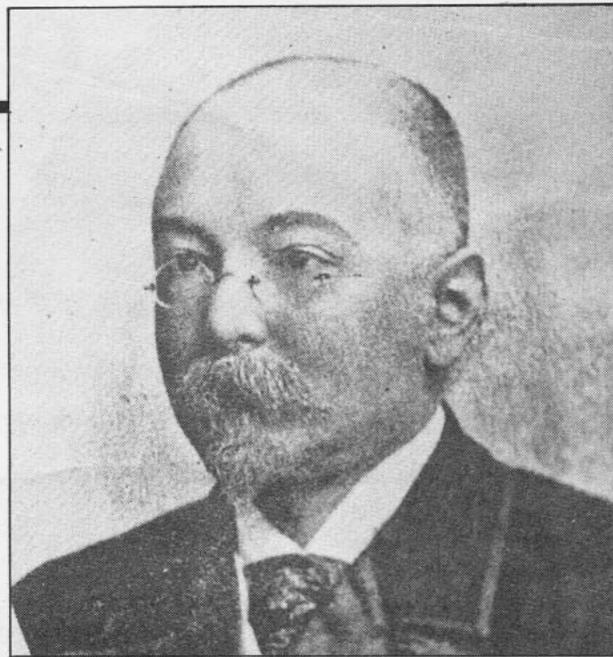
El magisterio era su deleite, pero la educación no le bastó. Desde las filas del Partido Radical, perseverante, preparó el ambiente para que sus ideas se tradujeran en proyectos y realizaciones.

Diputado en 1879 y en

1888, casi no asistió a las sesiones. Su actividad política la hizo a través de la prensa. De sus tribunas emanaron posiciones punzantes en pleno parlamentarismo.

Letelier pronto impugnó uno de los frutos de la Revolución del '91: la coalición liberal-conservadora. El Partido Liberal representaba una mayoría diseminada por el país, pero le faltaba solidez ideológica.

El indiferentismo doctrinario de los liberales permitió que una reacción solapada amenazara con demoler sus logros de tres décadas de gobierno.



Los conservadores cuando gobernaban, se hacían de la parte del león, y cuando estaban en la oposición, obstruían. Los liberales, acomodaticios, carecían de iniciativa propia.

Tras la guerra civil, Letelier encaró la atmósfera de esa política deslavada: "Un pueblo sin debates, sin agitación en torno a los negocios del Estado, es un pueblo muerto".

Las máximas políticas y morales eran no chocar con nadie, avenirse en todo, no ofender con profesiones de fe liberal a los oídos clerical-conservadores.

El ideólogo radical, consternado, decía: "De este modo estamos convenciendo a nuestros hijos que lo más importante en la vida es engordar".

ALTIVO, SIN VANIDAD

Ante la emergencia de los pobres y la claudicación liberal, Letelier captó la cuestión social, difundió ideas socialdemócratas y propugnó la alianza con el Partido Demócrata, entonces representante de la naciente clase trabajadora.

Pero sus ideas fueron semillas. La sociedad no estaba preparada para asumir. Ahí quedaron, como esperando su tiempo, mientras Letelier fustigaba

el individualismo de los fuertes.

"Ellos piden —decía— sólo una cosa: libertad, o sea garantía de que el Estado no intervenga en la lucha por la existencia para alterar el resultado final en favor de los desvalidos". Para el radical, una política progresista "no es el arte de establecer el libre cambio, sino es el arte de satisfacer necesidades sociales".

Su postura de renovación cultural tocó nervios muy sensibles de la ideología conservadora. De ahí la dura oposición para que se le designara rector. Pero el Presidente Pedro Montt, recién electo, lo hizo a costa de los ministros conservadores. Pero cinco años después a Letelier le tendieron una celada y renunció.

Se retiró altivo, rehuyendo todo festejo. Sin bulla, se enclaustró en su hogar a estudiar. Su hija única, Beatriz, atestiguó esa absoluta falta de vanidad de su padre: "Sólo conocimos que era el único socio chileno de la *Société Académique d'Histoire Internationale* después de su muerte, cuando se halló su diploma".

No se lo había dicho a nadie.



Para costearse sus estudios de Derecho trabajó como inspector suplente del Instituto Nacional, donde cursó sus humanidades